

Veinte años

Sandra Ximena Mata Zenteno

PRÓLOGO

Veinte años. “No creo que sean suficientes como para escribir una historia de mi vida, cuando aún falta mucho por vivir”, este pensamiento fue el primero que me vino a la mente cuando quise escribir una autobiografía a mis veinte años. Enseguida, llegó otro más objetivo: “¿Qué o quién me garantiza vivir por mucho más tiempo?” Aquí me detuve unos momentos, antes de que llegara un último pensamiento, más impactante que los anteriores: “Si no vivo mañana, ¿no tengo nada que contar acerca de estos veinte años de vida?” Entonces empecé a escribir...

Todas las experiencias en la vida de los seres humanos comienzan como juegos, porque todos empezamos siendo niños, y eso es precisamente lo que los niños hacen: jugar.

Mi caso no fue distinto. Desde los cinco años empecé a jugar al taekwondo. A partir de ese momento toda mi vida se ha relacionado con este deporte, que se ha convertido en una forma de vida.

Mis padres, al igual que mis tres hermanos, me han apoyado desde el momento en que empecé, de lo cual estoy muy agradecida.

Este juego ha tomado seriedad con el paso del tiempo. Hoy tengo quince años practicando el taekwondo, he pasado por la selección nacional y mi mayor sueño en el ámbito deportivo es representar a mi país en unos Juegos Olímpicos y ganar la medalla de oro.

Sin embargo, espero que nunca deje de ser un juego, porque cuando jugamos nos divertimos y disfrutamos. Más que una medalla o un título, vivir estas emociones al máximo es lo que hace que la vida tenga sentido.

REVOLUCIÓN, LIBERTAD E INDEPENDENCIA PERSONAL

Revolución se define como el cambio rápido y profundo en cualquier cosa, también como el giro o vuelta que da una pieza sobre su eje. La libertad es entendida como la facultad natural que tiene el hombre de obrar de una manera o de otra y de no obrar, por lo que es responsable de sus actos. Independencia se refiere, al hablar de una persona, a quien sostiene sus derechos y opiniones sin admitir intervención ajena, es decir, que no depende de otro.

A partir de estas definiciones pretendo, con la autobiografía que presento a continuación, hacer una revolución o cambio personal, rápido y profundo. Observo mi vida desde fuera, girando sobre mi eje, como simple espectadora, para hacer un análisis objetivo de lo que soy y plasmar en palabras todas las observaciones que haya realizado sobre mí misma, así mismo sostener mis opiniones sin intervención ajena, para liberarme del yugo del juicio de la sociedad, ya que este escrito no es más que mis experiencias compartidas con ustedes, no con el ánimo de que sean juzgadas, sino con la intención de explicarme a mí lo que ha sido mi vida y vislumbrar hacia dónde voy.

Agradezco a ustedes por el simple hecho de detenerse a leer las siguientes páginas y, a la vez, los invito a liberarse e independizarse de ustedes mismos mediante un análisis objetivo de sus vidas y relatando, como si fuera otra persona, lo que han visto en una película, con la diferencia de que en ésta uno mismo es el espectador y el actor principal.

Revolución no significa levantarse en armas, y mucho menos cuando se hace referencia a la revolución personal. Se trata de hacer un cambio positivo en nuestra esencia, una transformación para mejorar. Y esto se logrará si nosotros, dueños de nuestros pensamientos y emociones, decidimos analizar lo que hemos sido y determinar lo que nos haría mejores seres humanos. Tal como en 1917 nuestra sociedad luchó por reformas sociales y el término de la dictadura —lo que nos haría un país más libre—, hoy luchemos por una esencia personal más pura, en la que prevalezca el amor, el bien y la verdad.

EL NÚMERO UNO

El número uno ha sido por mucho tiempo mi número favorito, y eso no es ninguna casualidad.

En la escuela, en la casa, en el deporte, en todas mis actividades, siempre me ha gustado ser la número uno. Eso puede ser bueno desde el punto de vista de la superación personal, pero igualmente malo desde la perspectiva de la soberbia.

Hablando de mí, puedo decir que la arrogancia es uno de los vicios en la persona humana que más me desagrada, y aunque esto no quiere decir que no lo posea en alguna proporción, al menos no considero que sea el motor de mis actos.

El punto importante por destacar es: ¿cuándo se vuelve malo desear todo? O, mejor dicho, ¿es bueno desearlo todo?

Alguna vez alguien me dijo que siempre debíamos aspirar a lo mejor, a lo más alto. Si así lo hiciéramos, nuestro mejor escenario sería conseguirlo todo, pero si algo fallara, de cualquier modo obtendríamos mucho. Por otro lado, si nuestras aspiraciones fueran pobres, el mejor escenario sería conseguir ese algo, y el peor, no conseguir nada. Quizás esta afirmación sea un tanto extremista; sin embargo, es cierta. Así que, a partir de esta explicación, aspirar a lo mejor nos traerá consecuencias positivas, siempre y cuando se actúe de buena fe.

Un sabio dijo que el hombre puede tener lo que desee en la vida, siempre y cuando sacrifique todo lo demás por ello. Lo que quiso decir es que todo tiene un precio.

Lamentable o afortunadamente, la vida no es perfección, y cada vez que hay que dar un paso en una dirección, significa dejar de

caminar en otra. Es por eso que tomar una decisión se vuelve tan complicado, ya que decidir es sinónimo de renunciar. Desear ser el número uno no es ningún problema, pero no querer renunciar a nada sí lo es. Éste es precisamente el problema con el que me encuentro frecuentemente, porque me ha costado entender que no se puede hacer todo, por lo menos no al mismo tiempo.

MÉRIDA, 2001

Estoy en las gradas, a punto de irme al área de calentamiento. Voy a saludar a mis padres, que han venido desde Puebla para verme competir.

Aunque mi cara no lo demuestra, muero de nervios, pues qué otra cosa puede sentir una niña de once años en una olimpiada nacional.

No es mi primera experiencia en este tipo de competencia; hace un año también participé, pero en esta ocasión es diferente. Hace un año, hacía lo imposible porque mis papás no se despertaran los sábados en la mañana para llevarme a entrenar. Muchas veces funcionaba, pero cuando no, iba con mucho miedo, porque sabía lo cansado que sería; los entrenamientos en la semana eran otra cosa, porque siempre los disfruté. Este año, en cambio, era yo quien se despertaba en la mañana del fin de semana para recibir mi dosis de cansancio voluntario. Sabía que valdría la pena, ya que siempre soñé con ser “campeona nacional e internacional”. Francamente no sé dónde oí eso, pero sonaba muy bien.

Así que saludo a mis padres, que tienen la emoción en el rostro, y escucho sus palabras de ánimo:

—¡Vamos, hija, a ganar!

Yo sonrío de nuevo y asiento con la cabeza.

Una vez que me he dado vuelta, pienso en mis adentros: “Ojalá”.

La competencia ha avanzado ya, y he superado tres combates. Al término de cada uno, mi papá ha venido a animarme y a recordarme que para llegar al primer lugar hay que avanzar pelea

por pelea. Ahora se ha acercado de nuevo y me ha recordado que ya tengo la medalla de plata segura, pero que vamos por el oro. Voy a la final.

Sé que la otra niña es buena. Mucha gente a mi alrededor lo dice; sin embargo, Gonzalo, mi entrenador, ha hecho un buen trabajo en motivarme y estoy lista.

Los tres rounds han terminado. Mi cara da al cielo, mis ojos tienen unas cuantas lágrimas y mis manos están levantadas. ¡He ganado el primer lugar! Volteo a ver a las gradas y mi papá grita emocionado, mientras mi mamá llora de alegría. Mis hermanos brincan y gritan mi nombre con euforia. En ningún momento dejaron de apoyarme. Y yo no puedo borrar esa sonrisa que intenta explicar toda la felicidad que siento.

De regreso a mis actividades normales, luego de esa experiencia en la Olimpiada Nacional de Mérida, mi vida cambió.

Todo lo que deseaba era repetir esa emoción, así que mi vida se volvió más entrenamiento, más sacrificios, menos fiestas, menos amigos. Al principio estaba segura de que era lo correcto, ya que hay que sacrificar cosas para lograr tus objetivos. El problema fue que el taekwondo dejó de ser un juego, y ganar se había convertido en una obligación.

Los años siguientes fueron buenos, porque asistí a todas las olimpiadas nacionales siguientes y alcancé platas, bronces y también oros, aunque en la modalidad "formas". Pero el primer lugar en combate se había negado. El día de hoy eso es completamente comprensible. A esa edad, durante mis años de secundaria, les había dado la espalda a mis amigos por los entrenamientos. Y entrenar no era divertido. Era un requisito para ganar o, mejor dicho, para no perder.

EL MUNDIAL DE VIETNAM

A mis quince años me di la oportunidad de tener mi primer novio serio, y vaya que fue serio, porque estuve con él más de tres años. Me había abierto al “mundo” un poco más. Él me ayudo en eso, aunque siempre me apoyó en mi actividad.

Durante esta etapa de mi vida, asistí a la Olimpiada Nacional de 2006, en donde se peleaba por el boleto al Campeonato Mundial Juvenil en Vietnam.

Nuevamente todas mis energías se concentraron en el taekwondo y en este suceso. Estaba tan concentrada, casi obsesionada, con obtener ese lugar, que así fue. Después de cinco años, volví al primer lugar del podio en combate, que es mi modalidad preferida, y lo disfruté como nunca. A la semana siguiente tuve que participar en una evaluación para tener el pase definitivo al mundial (así es en México, demasiadas evaluaciones para elegir al mejor contendiente), y de nuevo conseguí el triunfo.

Hasta aquí todo parecía perfecto. Mi sueño se estaba haciendo realidad, pues en unos meses representaría a mi país en el Mundial. Sin embargo, esa obsesión no me había dejado ver otra realidad; ganar significaba irme a otra ciudad, vivir concentrada con el equipo nacional con el que compartía únicamente mi pasión por el taekwondo.

El mismo domingo de la evaluación me quedé con mis cosas en San Luis Potosí, donde viviría los siguientes dos meses, y me despedí de mis padres, mis hermanos y mi novio.

Al martes siguiente estaba desesperada por volver a mi casa. Sentía un hueco terrible en mi interior y francamente lloraba

mucho. El ritmo de entrenamientos era pesado, ya que teníamos tres sesiones diarias de dos horas cada una y era algo a lo que no estaba acostumbrada. Extrañaba a mi familia, mis actividades normales, mi ciudad. Y suena totalmente absurdo sentir eso a los tres días de estar ahí. Pero la realidad era que no estaba preparada para eso. No estaba consciente del compromiso que tenía; es más, ni siquiera sabía que me había comprometido a algo. Para mí, el objetivo ya se había cumplido y lo demás era extra, pero era exactamente al revés. La cosa apenas comenzaba.

Así fueron mis dos meses en San Luis Potosí. Lloraba seguido, entrenaba pensando en que cada sesión era una menos para volver a casa, y lo demás del tiempo hablaba por teléfono para sentirme cerca de mi familia y de él.

Cuando se acercaba el día del Mundial, empecé a darme cuenta de lo que significaba y decidí entrenar más duro y enfocarme en la competición. Pero así no funcionan las cosas y, por supuesto, mi participación en Vietnam fue mediocre. O al menos así lo considero yo.

Sin embargo, nada de lo anterior fue tiempo perdido. Descubrí lo que es el sacrificio, el compromiso, la entrega y, sobre todo, lo especial que es pelear por tu país. Además, entendí que, al irte de casa, lo único que cambia es el espacio físico en el que te encuentras, porque el apoyo de los tuyos siempre estará presente. Así que cualquier tipo de barrera que encontré en ese entonces sólo estaba en mi mente, al igual que las barreras que pueda encontrar en mi camino. Y sin estas experiencias, eso no lo sabría hoy.

ÉL

Cuando llegué a San Luis, deseé nunca volver, y cuando volví a mi casa, pensaba en el momento en que volvería a la Selección nacional...

Sin embargo, no fue tan pronto como pensé. El destino se encargó de darme el tiempo necesario para vivir nuevas experiencias. Éstas lo incluyen principalmente a él. Si se puede decir que una persona a los dieciséis años es capaz de amar, entonces diré que durante esta etapa de mi vida conocí lo que es el amor.

Nunca dejé de entrenar, de competir, de soñar con todas mis metas relativas al taekwondo, pero aquí le di tiempo a mi mente de ocuparse también en otras cosas. O al menos eso quería.

Pensaba que era tiempo de salir y divertirme un rato, de llamarles a mis amigos, de convivir con mi familia. Pero cuando intenté hacerlo, me topé con que no había fiesta a donde ir, no había amigos a quienes hablar y mis hermanos ya no me pedían jugar conmigo, pues, evidentemente, habían crecido.

Todos desarrollaron sus actividades sin mí, porque yo me aparté de todos, ya que el taekwondo era lo único que me importaba. Todos estaban en su mundo, menos él, que siempre permaneció a mi lado.

Esos tres años fueron maravillosos; sin embargo, la inmadurez de la edad (o lo que haya sido) me exigía vivir, conocer y experimentar cosas nuevas. De pronto sentía la necesidad de hacer lo que la gente de mi edad hacía, hablar de lo que ellos hablaban. Que idea más tonta. Así que decidí que él no ocupaba un lugar en ese plan, porque yo necesitaba conocer a más gente.

No todo fue tan frío como lo planteo; en realidad, a veces soy muy dura conmigo misma. Lo sucedido fue esto:

Empezamos a salir en abril de 2005. Yo lo veía desde afuera del gimnasio, cuando terminaba mis entrenamientos y él empezaba los suyos. Me encantaba. Un mes después nos hicimos novios, el 20 de mayo, y hasta ese momento no había experimentado alegría y emoción más grande.

El primer año fue fantástico. Por primera vez dije “te amo” y en verdad lo sentí. Di mi primer beso. Fantaséamos sobre los hijos que tendríamos y los nombres que llevarían; cuándo nos casaríamos y dónde viviríamos. Realmente lo que todos los novios hacen en algún momento, pero para mí (y sé que para él también) fue algo muy especial.

En cierto momento, ni él ni yo nos veíamos con otra persona jamás. Compartíamos todo. Nuestros gustos eran los mismos; éramos chicos sanos, sin vicios, incluso no nos gustaba salir de fiesta. Disfrutábamos las tardes en el cine o con un buen café, espresso era nuestro favorito.

Me motivaba día y noche diciéndome que lograría lo más grande que me propusiera, y yo hacía lo mismo con él. Reíamos mucho juntos; a veces nos comportábamos como niños. En nuestras discusiones familiares buscábamos apoyarnos para solucionar cualquier problema.

No nos interesaba salir con nadie más; nuestra compañía siempre fue más que suficiente. Mis actividades eran las suyas; y mis ideas, también. De pronto él no hablaba de otra cosa que casarse conmigo cuando terminara la carrera. Cuando había una discusión, optaba por darme siempre la razón. Todo parecía perfecto, pero no lo era. Ningún extremo es bueno, y creo que nosotros caímos en eso. Él solía decir que yo era el amor de su vida, y que, pasara lo que pasara, iba a estar siempre conmigo, porque se rehusaba a la idea de ser un hombre frustrado que terminara con una persona distinta al amor de su vida.

Al segundo año de estar juntos, esta idea comenzó a asustarme. Temía que nuestro amor se hubiera convertido en obsesión. Además, él ya tenía un buen récord respecto a las novias, y yo, bueno, apenas comenzaba. Fue el segundo luego de mi novio de secundaria, Chava (un mes y apenas nos tomamos de la mano, pero no me gusta omitir a nadie; fue lindo). Así que la idea de “el primero y único en mi vida” me asustaba cada vez más. Sabía que debía conocer a más personas, que necesitaba vivir como una jovecita de diecisiete años, y no como una mujer próxima a casarse.

Lo platicamos y él, fiel como siempre, aceptó darme un espacio para reflexionar sobre lo que yo realmente quería. Diez meses duró la separación y nunca dejó de buscarme.

Como toda historia, ésta también tiene dos versiones. Si bien es cierto que él fue un excelente novio, noble y fiel, por demás respetuoso, también es cierto que una niña de diecisiete años a quien le hablan de matrimonio y no ha tenido más que un novio, además de aspirar a demasiadas cosas en la vida, termina espantándose. Y también es válido que deseara conocer a alguien más para saber lo que en verdad quería.

Al término de esos diez meses, un mal entendido nos hizo volver. A mí me hicieron creer que él ya salía con alguien más y que me había olvidado. No me tomo más de un día para llamarlo y decirle que esa noticia era la más triste que había escuchado y que debíamos hablar. Esa misma noche regresamos.

El error fue de los dos. Y digo error no porque no debiéramos estar juntos, sino porque no era el momento ni la forma. Además, esos diez meses habían enfriado las cosas y, claramente, no éramos las mismas personas. Así pues, tres meses después nuestra relación terminó definitivamente. Esta vez él no me buscó ni me esperó. Simplemente me olvidó, y las cosas terminaron de la peor manera. Tuvieron que pasar más de nueve meses para que volviéramos a hablar, y esto fue porque yo sabía que había tenido un accidente (en realidad lo presentí, aunque suene irreal).

El día de hoy, a un año de terminada esa relación, estoy con otra persona, y he de decir que si bien Parker no fue precisamente el motivo por el cual terminamos, ha iluminado nuevamente mi vida.

Él también ha conseguido un nuevo amor. Y tanto nos parecíamos (así quiero creerlo) que hasta empezamos nuestras nuevas relaciones en periodos simultáneos. ¿Cómo lo se? Siempre hay formas de averiguar lo que pasa en la vida de las personas importantes para ti.

De estos tres años y siete meses, lo único que quedó de lo nuestro fue este poema que escribí:

SER Y ESTAR

Ella no era a quien él amaba,
ella no era su mitad perfecta.
No poseía lo que él deseaba;
ella no era una mujer horrenda,
pero tampoco la mujer más bella.
Eso no importa, porque ella no era.

Ella no era lo que en un momento yo fui,
y no fue él quien decidió que yo no fuera.
Fui yo quien quiso dejar de ser
y lo que soy hoy; no es lo que fui ayer,
al menos no para él.

Él no pidió que ella fuera.
Y tal vez ella nunca imaginó ser,
pero ella estuvo cuando yo me fui.
Ella reparó lo que yo rompí;
ella no era; sin embargo, estaba
cuando él me necesitaba a mí.

Ella no era, pero el estar, poco a poco la hizo ser.
Yo dejé de estar y eso me hizo desaparecer.
Para mí ella no era, pero eso no importa,
porque para él, ahora ella es.

Yo decidí dejar de estar.
Yo decidí dejar de ser.
Y es por eso que no entiendo
por qué aún no puedo verlo
sin desear que ella no sea,
sin desear que ella no esté.

Para él, hoy no estoy.
Y para él, hoy no soy.
Quizás un día su gentil memoria,
por fin me borre en defensa propia
y, con el tiempo, lo haga creer
que yo no soy y que nunca fui.

Lo nuestro no será un recuerdo.
Y ya tampoco será un gran sueño.
Lo nuestro dejará de ser,
tal como si nunca hubiera sido.

Mi memoria aún lo recuerda,
incluso a veces lo llama,
pero el recuerdo se hará impreciso.
Y tal vez entonces podré pensar
que él era y que hoy no es.
Y si tengo suerte, pensaré
que lo nuestro nunca fue.

Entonces dejaré que ella sea, que ella esté.

DE VUELTA A LA SELECCIÓN

Mi último año de preparatoria fue un año inolvidable. ¡Precisamente porque no quiero ni acordarme de cómo fue! Y eso que no quieres recordar es lo primero que te viene a la mente. Al menos eso pensaba al principio.

Sin embargo, fue el año que me ha dejado más aprendizaje: no se puede hacer todo a la vez... al menos no si lo quieres hacer bien. Y para mí no existe el "hacer las cosas bien", confieso que soy fanática de la perfección.

Ese año lo quise todo. Quise salir con mis amigos, entrenar, tener novio, irme a entrenar a México con el equipo nacional y, encima, ser presidenta de mi generación de prepa. Repito, no se puede hacer todo a la vez, no si lo quieres hacer bien.

Así que empecé ganando las elecciones del colegio, entrenando más, saliendo más, buscando una nueva relación (él y yo estábamos en esos diez meses de separación, y recordemos que yo "necesitaba conocer a alguien más") y, claro, estudiando mucho, porque siempre debía salir bien en la escuela. Cabe mencionar que no me pesaba porque siempre me ha gustado estudiar.

Al principio, el panorama era el mejor. Pero apenas comenzaba. Me sentía constantemente cansada, ya que no me daba tiempo para descansar. Siempre había algo que hacer, y además los entrenamientos se habían intensificado porque quería ganar y quedar en la Selección. Las cosas en la escuela se desenvolvían de manera regular. Había gente conforme y también gente inconforme con el consejo que yo encabezaba, pero eso no tenía nada de anormal.

Cuando llegó la competencia decisiva para regresar a la Selección nacional, un punto de diferencia en el marcador de la pelea final me alejaba de mi sueño, y así, con un segundo lugar, perdía mi posición en la Selección mexicana. Fue un día muy triste, ya que deseaba representar a mi país, sobre todo cuando había trabajado tan duro (haciendo un poco de todo). Pero después comprendí que podía ser el momento perfecto para disfrutar mi último año de prepa, salir y también desempeñar bien mi cargo.

Para mi buena fortuna, a los dos meses de pasada dicha competencia, recibí una llamada del entrenador nacional con la que me convocaba a ser parte del equipo, a pesar de mi segundo lugar. Esa noticia me hizo más que feliz; sin embargo, había también mucho que sacrificar con el hecho de irme.

No lo pensé dos veces, y a mitad del año escolar dejé el puesto en manos de mi consejo estudiantil, me las arreglé para terminar el segundo semestre y me fui a México a concentrarme con la Selección nacional.

Como ya deben saber, mis experiencias fuera de casa, concentrada en un lugar donde todo lo que haces es entrenar y convives con gente que no comparte contigo más que tu gusto por el deporte, no son mi punto fuerte.

Llegué muy motivada y agradecida por la oportunidad; sin embargo, ese sentimiento no duró mucho, porque empecé a preocuparme más por lo que dejaba que por lo que obtenía.

A los dos meses conseguí regresar a Puebla para acabar debidamente mis estudios, retomar mi puesto (en realidad no era la gran cosa) y preparar la ceremonia y fiesta de graduación. Este regreso era sólo con la condición de que, al iniciar las vacaciones de verano, estaría en México nuevamente.

Pasó muy deprisa. Todos mis amigos, más bien compañeros, estaban en su mundo, en su ambiente "preparatoriano", y yo me sentía ajena en todos lados. No estaba a gusto en México, me cansaba demasiado, no quería hacer dieta, sentía que ni siquiera era

buena (repito que a veces soy muy dura conmigo). Y, por otro lado, no encajaba en la escuela, no estaba dentro del mismo ambiente. En la fiesta de graduación me sentí muy sola.

Al final, regresé a México en verano. Quizás otra vez no estaba lista para irme, ya que no me sentía feliz de estar ahí, sino todo lo contrario. Contaba los días para volver a casa, y pensaba que mi estancia ahí no sería para siempre. Pero aún así lloraba mucho, y mi estado de ánimo estaba hasta abajo. Ya no tenía sentido que estuviera ahí porque no disfrutaba entrenar, me sentía torpe. Había perdido el sentido de mis esfuerzos por el taekwondo. Sentía que ningún sacrificio valía la pena, porque no lograba lo que quería.

¿Cómo es que lo que más amas, disfrutas, sueñas, te hace sufrir tanto? Ésa era mi pregunta.

Al principio, a pesar de los demás, yo creía en mí. Y no sé en qué momento dejé de creer. Mis padres siempre me apoyaron en lo que yo decidiera, pero me aconsejaban hacer lo que me hiciera más feliz.

Ése era precisamente el problema: quedarme concentrada en México, evidentemente no me hacía feliz, pero renunciar a la selección me haría sentir débil y, en un futuro, no haría más que pensar en “lo que hubiera sido de haber aguantado un poco más”.

Debo mencionar que es una situación muy confusa, y que al escribir me cuesta trabajo expresarlo, porque ni siquiera sé desde qué punto de vista explicar mis sentimientos.

Además de entrenar, comer y dormir, mientras estaba concentrada tenía mucho tiempo para reflexionar, y en esos momentos me surgían preguntas, que ahora compartiré con ustedes:

Sé que cuando persigues un sueño, no todo en el camino es fácil, pero ¿qué tan difícil debe resultar para saber que todavía es “parte del sacrificio” o que se está yendo por el camino equivocado? También es cierto que el camino no debe ser un martirio, porque si esperas a encontrar el tesoro al final del arco iris, eso no sucederá. Lo primero que hay que entender es que una meta

no es la línea a la que hay que llegar, sino el final de un trayecto. La línea de meta no vale nada si no se ha recorrido lo que hay antes de llegar a ella.

Así que ese camino no se supone que sea despreciable, sino agradable. Claro que, siguiendo esta hipótesis, todos nos iríamos por lo que nos hace sentir bien, y hacer eso a veces significa dejar de lado lo que realmente está bien. Pero ¿qué es lo que está bien? Aquí me voy a apegar a lo que dice Milan Kundera en su libro *La insoportable levedad del ser*: “El hombre nunca puede saber qué debe querer, porque vive sólo una vida y no tiene modo de compararla con sus vidas precedentes ni de enmendarla en sus vidas posteriores”. De tal modo que hacemos lo que en ese momento consideramos correcto, o nos hace sentir bien.

Dicen que la persona que desea abandonar el lugar donde vive no es feliz, pero yo no quería marcharme de ese lugar... Deseaba estar en la Selección y representar a mi país. Claro que para esto debía dejar mi casa, porque hasta el día de hoy es imposible estar en dos lugares a la vez. Yo no deseaba abandonar ese lugar, pero decidí hacerlo, y eso me causaba mucha confusión.

Los entrenamientos eran cansados, extrañaba a mi familia y mis demás actividades; la carga era pesada. Pero Kundera dice: “Cuanto más pesada sea la carga, más a ras de tierra estará nuestra vida, más real y verdadera será”. Y estoy de acuerdo con él.

En efecto, cuando un entrenamiento es terriblemente cansado y te sientes morir, es cuando más vivo estás; cuando están expuestos todos tus sentimientos. Cuando la carga que llevas es pesada, te hace vivir con mayor plenitud, valorando todo lo que hay a tu alrededor. De tal modo que, aunque esta situación sigue siendo un poco confusa, aquí encuentro la respuesta a algunas de mis preguntas. Seguro que con el tiempo lo demás se irá aclarando también.

VIDA UNIVERSITARIA

Estuve a punto de saltarme esta etapa de mi vida, pero gracias a mis padres no lo hice. Y aunque al principio no estaba segura de que era la mejor decisión, hoy estoy totalmente convencida de que lo fue.

Me encontraba en la difícil posición de decidir entre no estudiar y dedicarme por completo a entrenar, o entrar a la universidad y sacrificar tiempo de taekwondo. Las dos opciones tenían sus ventajas y desventajas, así que tuve que analizarlas cuidadosamente:

Uno de mis más grandes sueños, como ya he dicho, es asistir a unos Juegos Olímpicos y ganar la medalla de oro. La gente que lo ha logrado ha invertido demasiado tiempo entrenando y ha sacrificado muchas otras cosas, como familia, amigos y estudios. Siguiendo el modelo de estos campeones, la mayoría de los entrenadores dice que mientras más entrenes, mejores resultados tendrás. Mientras más tiempo le dediques al entrenamiento y las competencias, menos tiempo tendrás para todo lo demás. Así que los que soñamos con ganar unos Juegos Olímpicos, aceptamos esta idea y nos convencemos de que estudiar nos quitará tiempo, o que, mientras estudiamos, nuestros rivales estarán aprovechando ese tiempo para prepararse más y, desde luego, tendrán mayores posibilidades de ganar. Además, sabemos que la etapa competitiva de un deportista es muy corta, y si no se aprovecha cuando se es joven, esa etapa no regresa. Por otro lado, entendemos que para estudiar nunca es tarde y que, después de haber conseguido nuestros objetivos en el deporte, podemos regresar a los estudios y prepararnos en nuestra vida profesional.

Yo, como muchos otros, estaba convencida de esta idea, por lo que creía necesario dejar de estudiar y dedicarme por completo al taekwondo. Lo que no sabía es que esta idea no es más que pura teoría. Y en la vida real es necesario dejar de ser buenos en la teoría para convertirnos en expertos en la práctica.

No sean tomados mis siguientes comentarios como simples juicios, sino como las experiencias que me ha tocado vivir: La mayoría de los deportistas que dejan de estudiar no se encuentran frente a la disyuntiva de decidir entre una cosa y otra, sino que renuncian a algo que nunca han querido: la escuela. Este mismo sector de deportistas no ve en el deporte un objetivo en su vida, sino un *modus vivendi*, por lo que necesitan apostar todo para que las posibilidades de fracasar sean mínimas. Los deportistas que alcanzan sus más grandes objetivos y después retoman la escuela —me atrevo a decir— no existen. Además, después de sobresalir en el deporte, vienen muchas recompensas atractivas, sobre todo en lo económico, por lo que no se considera necesario buscar una profesión que te “saque adelante” porque “adelante ya estás”. Asimismo, si llegara a ser necesario trabajar para vivir, siempre puedes hacer uso de lo que más has practicado: sé entrenador de tu disciplina deportiva.

Sin embargo, este sector de deportistas olvida algunos datos importantes: los logros no son eternos; al final pasarás a ser historia. No hay nada que te garantice la consecución de tus metas (precisamente por eso una meta no es un destino, sino el final de un trayecto). El cerebro también es un músculo que hay que ejercitar para evitar tomar malas decisiones. Y, lo más importante, ningún camino está trazado; es un error querer hacer lo que han hecho otros para obtener sus mismos resultados. Cada quien construye su camino.

Siguiendo estas premisas, pude vislumbrar, con ayuda de mis padres, que debo seguir mi propio camino y, sin importar lo que suceda, ser una campeona en la vida mientras disfruto y aprendo de cada experiencia que se me presente.

A estas conclusiones llegué después de ejercitar mi cerebro (estudiando) y analizar objetivamente mis opciones. De tal modo que decidí entrar a la universidad y seguir entrenando.

Sé que llevar las dos cosas a la vez no es sencillo y que requiere más esfuerzo, pero también sé que eso es lo que me hace feliz.

De esta decisión he sacado muchas cosas positivas, empezando porque entrar a la universidad ha ampliado mis horizontes y me ha hecho ver que una persona no puede tener una sola meta en la vida, sino que la vida está llena de objetivos que queremos lograr, mismos que se convierten en motivaciones para seguir adelante. Y eso que esperamos conseguir es, simplemente, lo que nos hace esforzarnos más, pero lo inesperado es lo que cambia nuestras vidas, lo que les da sentido. Además, he aprendido que, a pesar de tener objetivos o motivaciones, vivir no es perseguirlos para lograr ser feliz, sino detenerse y observar todo lo que nos rodea, agradecer que podemos presenciarlo, sonreír por ello y, por fin, comprender que no hay momentos ordinarios: siempre hay algo mágico que sucede.

Hoy me encuentro en la universidad, estudio la carrera de Derecho; he conocido a gente maravillosa y he compartido experiencias enriquecedoras y muy divertidas con mis maestros y amigos; he aprovechado el tiempo con mi familia y he conocido a mi novio, Parker.

A la par, sigo persiguiendo mis sueños en el deporte. Entreno todos los días en la universidad, pero no sólo mi mente, sino también mi cuerpo. Además de representar a mi estado y a mi país, ahora también represento a mi universidad en los eventos deportivos, de lo cual me siento muy orgullosa. A veces hay que apretarle más a la escuela, y a veces al taekwondo, pero la clave es no perder el equilibrio entre ambos.

De hecho, en esta etapa de mi vida he aprendido que el equilibrio debe estar presente en todo lo que hagamos. Cualquier exceso es negativo. Ahora puedo decir que salgo con mis amigos

(los viejos que he recuperado, y los nuevos que he ganado) y eso no me impide tener un buen desempeño en mis actividades, sino todo lo contrario. Como siempre digo, para todo hay tiempo.

Aunque llevo las dos cosas a la vez, trato de separarlas lo más posible, y me considero igual de dedicada en el deporte que en mis estudios, ya que no quiero ser sólo una buena abogada: quiero ser la mejor.

No creo que estudiar me quite tiempo de entrenamiento, sino que me complementa, y en el deporte sigo teniendo las mismas ambiciones, sólo que las persigo de diferente manera. Cualquier camino que decidamos seguir es válido, siempre y cuando sea único y, además, esté guiado por nuestros sentimientos, en equilibrio con nuestra razón.

A veces hay que dejar de pensar en lo que la gente espera de uno, atender a nuestras propias expectativas y, por ningún motivo, dejar que sean mediocres.

Para explicarme un poquito mejor, comparto con ustedes un discurso que realicé en 2005 (a mis quince años) y que habla, precisamente, de la mediocridad:

LA MEDIOCRIDAD

Qué triste es renunciar sin haber intentado, pero peor aún conformarse antes de intentar.

La vida está llena de ilusiones y sueños que, a veces, se quedan sólo en la mente de las personas por miedo a llevarlos a la realidad, por miedo a fracasar o a no poder lograrlos; y este mismo miedo las lleva a conformarse con lo que tienen antes de intentar, o bien a conformarse con lo que, para la gente común, es normal; o, para la gente mediocre, suficiente.

¿Pero por qué no intentar? ¿Por qué no soñar? ¿Es imposible?

Los sueños, junto con la ilusión y la esperanza, son los que le dan sentido a la vida, los que nos mueven a actuar e incluso los que, a pesar de la dificultad, nos mantienen de pie.

Hay quienes sí se atreven a soñar, pero sueñan con poco; quienes se conforman con lo inmediato, con lo común, con lo fácil. Podemos tomar como ejemplo a un profesionista preparado que planea entrar a trabajar a una empresa y piensa que se conformaría con el puesto de asistente; ¿por qué no aspirar al puesto de gerente, o por qué no soñar en poner su propia empresa? Naturalmente, va a costar más trabajo, más esfuerzo, porque qué fácil es lo fácil. Pero no te limites, porque es posible dar más, y la satisfacción, por supuesto, es mayor.

Tal vez vas a decirme que si el fin es hacer tus sueños realidad, cuál es la diferencia entre soñar con poco y cumplirlo, y soñar en grande y cumplirlo; pues aquí viene de lo que te hablo: la mediocridad.

¿Qué esperas de tu vida? ¿Estudiar, trabajar, casarte, tener hijos, mandarlos a la universidad, hacerte viejo y morir? ¿Porque es lo que todo el mundo hace? Vamos, no seas mediocre.

Y claro que es totalmente respetable si éste es el verdadero sueño de algunos seres, pues habrá alguien cuya mayor ilusión sea cargar un niño en sus brazos, o quien sueñe con hacer un cambio en la política del país, o quien pretenda conquistar el oro olímpico, y todos los sueños son igual de importantes si significan tu plena felicidad y si se vuelven realidad, pero jamás actúes por seguir un patrón de vida; hazlo para que, cuando tu pelo pinte canas y voltees hacia atrás, te sientas no sólo satisfecho, sino feliz de lo que hiciste.

Los sueños son personales, por lo que no dependes de nadie más para lograrlos; lo único que necesitas, en una palabra que engloba todo lo que esto conlleva, es decisión.

Lucha por tus sueños, por ser grande, porque eres fuerte.

El camino no está trazado; no debes seguir el rumbo que llevaron otros, pues aunque parezca que algunas personas tienen similares ideales, seguramente no tienen los mismos objetivos ni las mismas prioridades que tú, y esto es lo que hace la diferencia; por lo tanto, debes elegir el camino, no que vas a seguir, sino que vas a marcar.

No esperes a que tu sueño ya haya sido experimentado por alguien más para que creas que es posible; el que nadie lo haya hecho antes no quiere decir que no pueda hacerse, quiere decir que te está esperando para que lo realices.

No esperes seguir un ejemplo, sé tú quien lo ponga.

Si hay algo necesario para recorrer este camino, es la confianza en ti mismo, junto con la esperanza y la fe. Confía en tus capacidades; no des más importancia a tus defectos, resalta tus virtudes; jamás pienses es qué tanto se prepararon otros, cuánto sacrificaron o cuánto se esforzaron; preocúpate únicamente por cuánto trabajaste tú, cuánto te esforzaste tú, cuánto sacrificaste tú, y esto te va a dar la fuerza y la confianza que necesitas. No esperes a que otros actúen para poder actuar, y jamás actúes por otros, haz lo que haz, hazlo por ti. Lo demás viene solo.

Nunca sobresalgas pasando por encima de los demás; no te consideres bueno por ser mejor que otro. Es de débiles esperar a que todos sean inferiores para que entonces tú seas superior; es de grandes vivir en un mundo de superiores donde tú seas el mejor. En otras palabras, lo importante no es ser entre los malos el bueno, sino entre los buenos el mejor.

Recuerda que para soñar hay que creer, si no, tu sueño no tendrá sentido. Sea cual sea, por muy grande que parezca, cree que es posible, pues recuerda que Dios no nos hizo débiles.

Confía en que todo esfuerzo tiene una recompensa y que todo pasa a su debido tiempo, por eso nunca te detengas antes de ver tus sueños realizados.

A pesar de la dificultad, sigue adelante; si establecer una diferencia en el mundo fuera fácil, todos lo harían, pero no es así; por eso sólo los fuertes de espíritu tienen ese privilegio.

Claro está que las pruebas que debes superar para llegar no son sencillas y que en ocasiones te caerás y te levantarás, te volverás a caer y volverás a levantarte, y entonces, sólo te quedará una cosa por hacer: volver a levantarte, porque el verdadero campeón permanece constante hasta el último momento.

No esperes en grande si sueñas en poco, ni esperes poco si sueñas en grande.

Ahora bien, ¿vas a dejar que alguien más actúe por ti? Por favor, no seas mediocre.

PARKER, MY LOVE!

Él sabe perfectamente lo que siento hacia su persona y hacia nuestra relación. Él lo sabe perfectamente porque lo ha vivido conmigo. Pero para que este apartado tenga el impacto que deseo, quiero que ustedes sepan también lo que yo siento por él. Así que les compartiré una carta muy especial que le di al iniciar este año 2010:

QUISIERA ESCRIBIR UN POEMA...

Quisiera escribir un poema para que quedara plasmado en letras lo que siente mi corazón.

Quisiera escribir un poema para que cada vez que no estuviera a tu lado, una hoja de papel te ayudara a recordar que tú eres el alma de mi cuerpo y los latidos del corazón que me da vida.

Quisiera escribir un poema para que hablara por mí cuando mis palabras estuvieran lejos.

Pero luego de intentar escribir ese poema, me he dado cuenta de que cuando de las palabras se ocupa la razón, se queda mudo el corazón, y mientras más silencioso, más puro es, pues deja de pensar y sólo se encarga de sentir.

Así que mi mudo y puro corazón ha dejado de usar la razón y está completamente entregado a este sentimiento por ti. Y ya que no escribiré un poema, te diré lo que en él habría si existiera:

En él inventaría dos palabras más fuertes que "te amo" para que supieras que a nadie he amado más que a ti. Y que a nadie más podré amar porque mi amor por ti no se acabará.

Te explicaré que el antes y el después de ti, simplemente, no existen.

Describiría los escalofríos que recorren mi cuerpo cuando te acercas, y las lágrimas que, por alguna extraña razón, quieren salir cuando me besas.

Te explicaría que amarte es el sentimiento más fuerte que he vivido, y que los mejores momentos de mi vida los he pasado contigo.

Te confesaría que imaginarme sin ti es la escena más triste que visualizo de mi vida, lo que quiere decir que no soy capaz de vivir sin ti; que tenerte se ha convertido en una necesidad.

Te diría que lo más valioso que tengo es mi presente, y mi presente eres tú. Y que deseo que mi futuro sea contigo.

En él revelaría que tú eres el dueño de mis suspiros, de mis sonrisas y de mis sueños; que mi vida es tuya y que te la he entregado porque con nadie me siento más segura y protegida que contigo. Tú me has enseñado a amar con locura y con pasión.

Te contaría que frente a ti me encuentro desarmada, porque el amor no me permite resistirme a nada. Mi autocontrol es nulo mientras estoy junto a ti.

Por último, trataría de explicarte toda esta mezcla de sentimientos que me invaden para que los compartieras conmigo y que, al verme sonreír, comprendieras que es sólo el reflejo de todas estas emociones que quieren salir.

Al terminar de escribir, observo que una especie de poema ha quedado plasmado, y me doy cuenta de la ironía de ello, ya que mi corazón, mudo de amor, no era capaz de expresar sus sentimientos con palabras. Pero la razón me ha dicho que por esta vez ha hecho una tregua con él y se han unido para ayudarme a escribir mis sentimientos y que en un papel queden reflejados para siempre.

Lo conocí el primer día de clases en la universidad, cuando fue a pedir informes para unirse al equipo representativo de taekwondo del que yo ya era miembro. Y no fue amor a primera vista, ya que mi primera impresión fue: "¿Ése qué?"

Todo el romance empezó a partir del segundo día, cuando se presentó al primer entrenamiento, y entonces me di cuenta de que "ése"

me llamaba mucho la atención. En la semana, el entrenador estuvo probándolo para decidir si se quedaba o no, y yo por dentro rogaba por que lo aceptara, ya que físicamente me atraía mucho. Pensaba que sería una motivación más para ir a entrenar.

En realidad no estaba interesada en nada más, ya que había terminado mi antigua relación (que ustedes ya conocen muy bien) y no era otra lo que precisamente necesitaba.

El coach lo aceptó y, a partir de ahí, estaba destinada a verlo de lunes a viernes de una a tres de la tarde. Era maravilloso, hasta que verlo en los entrenamientos ya no me bastaba; quería conocerlo más. Así que empecé con las típicas miradas e intenté que mis amigos investigaran si había interés en Parker. Pero nada de esto funcionó.

Santiago (él) seguía buscándome mientras estábamos distanciados, y pensé que si aún me quería y habíamos estado juntos tanto tiempo, no tenía caso desgastarme en alguien que ni siquiera estaba interesado en mí. De tal modo que regresamos luego de diez meses de separación, y tuve que olvidarme de Parker por completo.

Eso no resultó tan fácil, sobre todo porque lo seguía viendo a diario, pero francamente me había hecho a la idea de que sería mi amigo y nada más.

Las cosas con Santiago no funcionaron muy bien cuando regresamos, porque todo fue forzado y el amor ya se había desvanecido. Yo había prometido no lastimarlo, pero todo lo que sucedió después fue muy injusto.

No sabía cómo decirle que lo nuestro había terminado. No quería engañarlo, pero a costa de eso me estaba engañando a mí, al tratar de convencerme de que aún lo quería. No era su culpa seguirme queriendo, ni era la mía haber dejado de quererlo. Simplemente todo era muy injusto y yo era muy débil para dejarlo. Aquí voy a citar a Kundera una vez más: "Pero es precisamente el débil quien tiene que ser fuerte y saber marcharse cuando el fuerte es demasiado débil para ser capaz de hacerle daño al débil."

Uno se percata de su debilidad y no quiere luchar contra ella, sino entregarse”.

Al final lo dejé. Lo lastimé, pero fui sincera conmigo misma. A partir de entonces sus sentimientos hacia mí son de resentimiento, pero espero que el tiempo les dé un curso positivo a las cosas.

Dejé de hacerme tonta y acepté que, aunque no lo buscaba, Parker seguía gustándome. Una vez que estuve libre, empezamos a ser amigos más cercanos. Santiago se enteró de esto y, a toda costa, buscó hacerse su amigo. Le hablaba de mí y le aseguraba que conmigo jamás sería feliz porque él era el único que me entendía. Además, le hablaba de la fidelidad que los amigos deben tenerse para no andar jamás con la ex novia de otro amigo.

Su plan funcionó a la perfección, ya que mientras entre Parker y yo nacía algo más que una amistad, ese pacto de fidelidad nos impedía estar juntos.

Debo confesar que estaba desesperada. No sabía si esa amistad arreglada iba a ser más fuerte que lo nuestro. Pensé en darme por vencida más de una vez, pero la verdad es que no pude. ¿Cómo iba a resistirme a él? Lejos de estar enojada por la actitud que estaba tomando, me sentía orgullosa, porque demostraba ser un amigo fiel y respetuoso.

En el momento en que creí que mis esfuerzos eran en vano, hablé con Parker para decirle que ya me había cansado de esa situación. Él sabía lo que yo sentía, era evidente. Así que le dije que podía tomarse el tiempo que quisiera para decidir si me quería o no, o si esa amistad era más importante, pero que no iba a estar esperándolo. Y que lo único que deseaba era que si se decidía a quererme, en ese entonces yo todavía sintiera lo mismo.

Usé la técnica que hubiera servido conmigo: la presión. Y vaya que funcionó, ya que al poco tiempo habló con Santiago para dejarle claro que, a pesar de ser buenos amigos, entre él y yo había algo y que quería asegurarse de que no hubiera problema entre ellos. Santiago pareció entenderlo; sin embargo, hoy no puedo

decir que son buenos amigos. Más bien son caballeros que por cortesía se dirigen el saludo.

Luego de esa plática, lo nuestro fue creciendo y, unas semanas después, me pidió que fuera su novia.

A partir de entonces todo ha sido maravilloso. Podría decir perfecto. Hemos estado casi un año juntos y nuestra relación crece y se fortalece cada vez más. Los dos estamos convencidos de que cuando se ama a una persona, se debe amar sin reservas, aunque se pueda salir lastimado. Y los dos nos amamos de esta manera.

Más que compartir gustos o actividades, estoy convencida de que él y yo nos complementamos el uno al otro. Disfrutamos pasar el tiempo juntos, platicar y reír de cualquier cosa. Pero lo más importante es que los dos nos impulsamos a seguir nuestros objetivos personales. Creo en él tanto como él cree en mí.

Nuestra historia se sigue construyendo, pero lo que puedo decir con certeza es que en él he encontrado a la persona en la que se unen mis sentimientos de admiración, respeto, atracción, amor, pasión, felicidad y seguridad. Y encontrar todo esto en una sola persona no es una casualidad, es una bendición.

Quizá no fue el primer chico de mi vida; ni el primero al que amé, que abracé o besé con tal emoción, pero es él quien me ha hecho intensificar cualquier sentimiento de amor.

PARA REACOMODAR LA PIRÁMIDE

Escribir en unas cuantas páginas la vida de una persona, sea larga o corta, resulta absolutamente imposible. Tendríamos que dejar de vivir para dedicarnos a escribir. Es por eso que escogemos momentos que nos han marcado para crear una especie de resumen de lo que ha sido nuestra vida.

Si bien es cierto que la vida de una persona no se reduce a nacer, crecer, reproducirse y morir, ¿por qué se habla tanto de estas etapas? Precisamente porque son eventos que nos dejan marcados. Cada persona, además de estos hechos que se repiten en casi todas (casi, por lo de reproducirse... y en algunas también por lo de crecer), cada quien le imprime a su vida un matiz diferente de acuerdo con las circunstancias que le haya tocado vivir. Algunos se quedan en el desarrollo básico anterior. Pero no es la edad la que determina el número de vivencias, aunque es un factor importante, sino la apertura de los sentidos para captar todo lo que sucede a cada segundo. Y todo eso son experiencias nuevas, ya que nada se repite. Si dejamos que pasen inadvertidas, habremos perdido miles de ellas en un solo día.

Todo el aprendizaje acumulado, y el que aspiramos a reunir con el paso del tiempo, ocupa determinado lugar en nuestra escala personal, a la que denomino nuestra pirámide.

A lo que quiero llegar con esto es a que, en esta pequeña autobiografía, he tratado de señalar algunos de los hechos más importantes de mi vida, pero he reservado para el final los de la cúspide de mi pirámide.

A veces ordenamos erróneamente nuestra pirámide porque les damos un valor equivocado a las cosas que nos suceden, y al tratar de acomodar los hechos de acuerdo con su valor, nos queda más arriba un suceso que quizás es menos importante que otro que hemos situado más abajo.

¿Cómo valorarlos correctamente? Desde luego, cada quien tiene su escala de valores y, de acuerdo con eso, les damos significación a las cosas. Eso sí, a manera de recomendación: el dinero jamás debe ir hasta arriba, ya que se convertiría en el motor de nuestros actos, en nuestro dueño, y de vez en cuando es bueno sostener nuestro dinero en las manos, sólo para recordar quién es el dueño de quién. El amor, además de ser un hecho hermoso, es una bendición, así que hay que vivirlo y valorarlo como tal. Los sucesos de mayor valor se presentan en momentos inesperados, así que nunca hay que dejar de estar pendientes. No debemos permitir que nuestra pirámide se rija por un objetivo en particular, ya que si por algún motivo no llega, todo nuestro mundo se derrumbaría, y ningún suceso está garantizado, excepto la muerte. Si el peldaño más alto lo ocupa una persona y por algún motivo muere, debemos comprender que ese hecho no es ningún castigo, porque la muerte es sólo una etapa de la vida a la que todos llegaremos tarde o temprano, así que hay que afrontarlo. Por otro lado, si ese alguien llegara a fallarnos y eso nos destruye, es culpa nuestra por haber confiado toda nuestra integridad emocional a alguien más que no era nosotros mismos.

En mi experiencia y consideración, las únicas personas que jamás van a fallarnos son las de nuestra familia, y con ellas compartimos la mayoría de los sucesos más importantes de nuestra vida. Así que, para mí, ellos ocupan el peldaño número uno.

Relatar todo lo que he vivido con ellos sería escribir otro libro completo; sin embargo, se puede resumir en que ellos han estado presentes siempre. En mis buenos momentos y en los no tan buenos.

Si no me hubieran acompañado en cada una de mis competencias para apoyarme, ninguna hubiera valido la pena. Si no me hubieran impulsado a disciplinarme en el deporte y a perseverar para conseguir mis metas, seguramente no habría conseguido nada. Sin su respaldo no habría sido capaz de irme a ninguna concentración fuera de casa. Si no estuvieran para compartir cada triunfo, ninguno tendría sentido. Si hubieran faltado en mis derrotas, de seguro me habría venido abajo y difícilmente habría salido.

En fin, ellos son el motor de mis actos, son mi fortaleza y mi felicidad. Mi familia es mi todo.

Mis padres son las personas que más admiro. Definitivamente, cuando crezca, quiero ser como ellos. Les debo todo lo que soy por guiarme siempre, a mí y a mis hermanos, por el buen camino.

Qué sería de mí si no estuviera Isa, mi hermana mayor, para inspirarme en muchas de mis ideas, aunque seguramente no lo sepa. Además, a quién le contaría de mis alegrías y decepciones amorosas en la madrugada, si no a ella, que, por sobre todo, jamás me juzga. Por cierto, acordarme con ella de nuestras experiencias cuando éramos niñas es divertidísimo. Creo que es la que más fe tiene en mí. A veces más de la que yo me tengo.

Camila (Margot, Camote, Camel, señora Vancis) es la luz de mis días. No nos cansamos de jugar y de hacer mensadas, a pesar de que ya no somos ningunas niñas... bueno, de eso no estoy muy convencida. Además de compartir alegrías, compartimos nuestras experiencias de todos los días. Platicamos mucho y coincidimos en nuestra forma de pensar. Es realmente imposible enojarse con ella, ya que no conozco persona más pacífica. Siempre tierna y buena, es una excelente compañía y su apoyo incondicional nunca me falta.

Ale, mi fiel pupilo, es el más pequeño de los cuatro y, sin duda, el más noble. Me escucha siempre que tengo un consejo para él, y trata de ponerlo en práctica. Confía en mí tanto como yo confío en él. De pequeños jugábamos todo el tiempo; los detectives y

las luchas eran nuestros juegos favoritos, e incluso teníamos cada uno un personaje: él era el detective Jenkins, Cami era McDowel, yo, Terroba, e Isa, aunque nunca lo aceptó, era Roland. En mis competencias siempre es el más emocionado, y me encanta verlo gritar en las gradas. Le costó trabajo encontrar su actividad predilecta, pero la encontró, y ahora la música es su mayor pasión. Estoy segura que será un gran artista.

No podría dejar de nombrar nuestras vacaciones en Chiapas todos los años con mis abuelos, ni las aventuras con mis tíos y primos, pero, en fin... todos ellos saben que son lo que más aprecio en el mundo; son mi cúspide, mi familia. Y mi familia, así como cada momento de mi existencia, me la ha dado Dios. Estoy plenamente agradecida con Él por lo mucho que me ama.

VEINTE AÑOS... DESPUÉS

El presente es lo único que poseemos, ya que el pasado se ha quedado atrás; de él sólo nos quedan los recuerdos y el futuro es incierto. Sin embargo es importante vislumbrar una idea de dónde y cómo queremos vernos en los próximos años (incluso meses o días) porque, como ya he mencionado antes, ésa va a ser nuestra motivación. Al final, el resultado siempre será una sorpresa, pero eso es lo que hace emocionante nuestra vida.

Antes de desear cualquier cosa, es necesario estar dispuesto a trabajar para conseguirlo. Además, es preciso estar consciente de que cada decisión implicará una renuncia. Así que, partiendo de esto, aquí me veo en un futuro:

“Estoy de vuelta en la Selección nacional. Me encuentro más lista que nunca y plenamente consciente de lo que implica estar aquí. Me preparo para la competencia más grande de mi vida: los Juegos Olímpicos. Cada entrenamiento y sacrificio vale la pena, ya que el día se acerca y deseo estar en las mejores condiciones. Para estos días no hay una segunda oportunidad.

“He librado varios combates y ninguno ha sido fácil, pero me siento muy hábil, fuerte e inteligente. Estoy a punto de pasar a la final de los Juegos Olímpicos, y este momento, más que para pelear, es para disfrutar... El sudor corre por mi cara, y la sangre incesante por mis venas. Las patadas salen en el instante preciso y los puntos aparecen a mi favor. No hay forma de borrar la sonrisa de mis labios porque el tiempo corre y tan sólo unos segundos me separan de la gloria. Mis padres y hermanos están en algún lugar del estadio, gritando y brincando, aunque no puedo verlos.

De pronto, la mano del réferi indica que la pelea ha terminado. Ahora puedo escuchar todos los gritos a mi alrededor. Todas mis emociones están a flor de piel. Mi cara se dirige al cielo y doy gracias a Dios. ¡Soy campeona olímpica!

“Por fin lograré entrar a Harvard para estudiar una maestría. Mi deseo era hacer ahí la licenciatura, pero en su momento me decidí por el taekwondo y ni siquiera hice solicitud en la prestigiada universidad. Ahora la oportunidad se ha presentado y se cumplirá uno de mis sueños.

“Es momento de poner en práctica lo aprendido todos estos años de estudio. Trabajo en un bufete de abogados, y a la vez me he unido a un partido político. Estoy deseosa de aportar un bien a la sociedad, luchar por ella aunque eso signifique ir a contracorriente... En la práctica he aprendido mucho y he resuelto muchos casos, pero mi pasión es luchar por los derechos humanos, así que planeo unirme al cuerpo diplomático mexicano y representar a mi país en las Naciones Unidas.

“Sin duda, uno de los hechos más importantes en la vida de las mujeres es su boda, y mi caso no es la excepción. Estoy felizmente casada y tengo cuatro hijos maravillosos. No hay mayor felicidad que escucharlos decirme mamá y saber que a mi lado se sienten protegidos. Él es un excelente padre y el perfecto esposo. Nos amamos; nunca lo dejamos de hacer. La unidad con mi familia me fortalece y me hace sentir plena. Con ellos no puedo pedir nada más.

“Desde que participo en política, mis ambiciones han sido grandes. Me postulé para la Presidencia de la República y espero convertirme pronto en la primera presidenta de México. Lo primero que me viene a la mente cuando pienso en este cargo es en responsabilidad, no en poder. Es tiempo de romper paradigmas y para ello necesitaré, sobre todo, mucho valor.

“Sostener en mis manos un libro escrito por mí ha sido un anhelo, y hoy es una realidad. He analizado cada palabra plasmada

en el papel y todas están en el sitio correcto. Espero que mis ideas puedan ser comprendidas y que lleguen a muchas personas. Si a una sola de ellas le sirven mis palabras, mi meta estará cumplida”.

Hay que empezar hoy, no hay tiempo para mañana. Así como yo tengo las aspiraciones que les acabo de compartir, sé que cada uno de ustedes tiene las propias, igual de importantes y valiosas. Pero ninguna será útil si no se ponen en práctica, y el día para empezar es hoy.

Revolución no significa levantarse en armas. Menos cuando se refiere a revolución personal. Insisto en que ver nuestra vida desde un punto objetivo, como un simple espectador para aprender de lo vivido y encaminarse al futuro conscientes de nuestras fortalezas y debilidades reales, es hacer un cambio, una revolución interna que nos hace superarnos.

Esta revolución tiene como consecuencia la libertad personal, en la que nuestra vida no está sujeta al juicio de nadie, más que al nuestro, mismo que desde ahora es un juicio objetivo. La libertad también provendrá de la aceptación de nosotros mismos con cada una de nuestras características y de la confianza en que podemos soñar en grande y lograr lo más ambicioso.

Todas y cada una de estas situaciones y decisiones que tomemos con libertad nos darán independencia personal.

¡Que nuestros pensamientos y actos sean libres, y que estén guiados por los sentimientos, equilibrados con la razón! Sólo una persona libre e independiente es capaz de unirse a la sociedad para aportarle un bien.

Los invito a cambiar, a independizarse y, sobre todo, a ser libres en cuerpo, mente y espíritu.